

bre con mucha sorpresa, asegurando que no conocía á nadie que se llamase así, y preguntando quién era Antommarchi. También preguntó si ya no le visitaba O'Meara. A menudo desconocía al doctor Arnott y le llamaba Stokoe. Sin embargo, de cuando en cuando salía de aquel estupor y recobraba toda su lucidez é integridad de espíritu. — Por ejemplo, anteanoche se calmó de pronto, ordenó que todo el mundo saliese de la estancia y le dijo al conde que tomase recado de escribir, para dictarle una carta que habría de entregar al gobernador luego después de su muerte, como así tendría el conde el honor de hacerlo.

(El conde observó aquí, por lo que yo pude comprender, que aquella carta no delataba perturbación de espíritu.) Manifestó también Bonaparte el deseo de que, después de su muerte, enseñase el conde de Montholon su testamento al gobernador, quien rogó en aquel punto al conde que repitiese lo que había dicho, como si no lo hubiera oído bien. El conde se expresó en los siguientes términos: «Si después de mi muerte, el gobernador os pide mi testamento, se lo enseñaréis, para que saque copia si lo desea.» Al hablar el conde de la emoción que todo lo imprevisto é inesperado causaba en el ánimo del general Bonaparte, dijo que la presencia de la condesa Bertrand había excitado considerablemente sus nervios, y que también le conmovió la visita del mismo conde Bertrand á horas en que estaba franco de servicio. Al verle exclamó: «¡Cómo! ¿Vos por aquí, Bertrand? ¿Qué queréis? ¿A qué venís á estas horas?» La presencia á su alrededor de mayor número de criados que de costumbre, le conturbaba sobremedida y le movía á hacer alguna observación.

Refirió el conde de Montholon que, tres ó cuatro noches atrás, el general Bonaparte se incorporó hacia los pies de la cama, con esfuerzos para levantarse, y que sorprendido en esta actitud por el conde, respondió que «intentaba ponerse de pie». Mientras el conde le ayudaba á moverse, se quejó de dolor de estómago y cayó al suelo desvanecido con los ojos fuera de las órbitas. Lo mismo sucedió á la mañana siguiente, y otras dos veces más, cuando el conde le ayudaba á sentarse en la cama con las almohadas por respaldo. Apenas colocado en esta posición, extendía los brazos y caía desplomado, con los ojos en blanco como la primera vez.

Manifestó el conde que el estómago del enfermo había devuelto al instante el aceite de castor, recetado por el doctor Arnott, y que el doctor Antommarchi se esforzó en que tomara.

El gobernador expuso al conde su deseo de que se celebrase consulta de médicos ingleses, pues fuera muy sensible para los que estaban en Santa Elena que se prescindiese de su saber y experiencia en aquel caso. Al efecto, citó la milagrosa cura del capitán Meynell, de la marina real, que estaba gravemente enfermo en Plantation-House con tan pertinaz hipo que ya le daba por muerto el mismo O'Meara, y que, gracias al talento del doctor Baxter y el doctor Thompson, médico mayor de la armada, se restableció por completo.

El conde aseguró que tanto él como el conde Bertrand deseaban vivamente consultar con otros médicos y harían cuanto de su parte estuviese para lograr el consentimiento del general Bonaparte. Que en todo caso, cuando «perdiera el conocimiento», solicitarían inmediatamente la visita de los médicos ingleses.

El gobernador dijo por último: «En fin, señor conde, yo deseo ardientemente que la ciencia médica inglesa pueda al menos intentar salvarle la vida.»

De tres á cuatro de la tarde, el doctor Antommarchi vino á decirme que deseaba consultar con los médicos ingleses propuestos por el gobernador, pues el general Bonaparte se moría y á su juicio no pasaría de aquella tarde, aunque bien pudiera durar algunos días. Entonces hice seña para que los doctores Short y Mitchell viniesen sin tardanza á Longwood, donde llegaron poco después.

G. GORREQUER.
Mayor de ejército.

DOCUMENTO N.º 10.

Relato oficial de la muerte de Napoleón Bonaparte.

(De Hudson Lowe al conde Bathurst.)

«... Esta mañana temprano, á eso de las siete, me trasladé á la cámara mortuoria acompañado del vicealmirante Lambert, jefe principal de este apostadero; del marqués de Montchenu, comisario

de S. M. el rey de Francia y de S. M. el emperador de Austria; del general Coffin, segundo jefe de las tropas; de los señores Tomás Brooke y Tomás Greentree, consejeros de gobierno de esta isla, y de los capitanes Brown, Hendry y Marryat, de la marina real.

»Después de ver el cuerpo de Napoleón Bonaparte, que estaba tendido, con el rostro destapado, nos retiramos en seguida, de acuerdo con las personas que habían formado la casa de Napoleón Bonaparte. Se permitió entrar en la estancia mortuoria á todos los oficiales del ejército y la armada, á los empleados militares y civiles de la honorable Compañía de las Indias Orientales y á muchas personas de la isla que deseaban ver el cadáver.

»A las dos de la tarde de hoy hicieron la autopsia los doctores Arnott y Antommarchi, en presencia de sus colegas Short, Mitchell, Burton, del regimiento 66, y Mateo Livingstone, de la Compañía de Indias, del general Bertrand y del conde de Montholon. Después de examinar atentamente las visceras, todos los oficiales de sanidad allí presentes redactaron de común acuerdo el adjunto informe sobre el resultado de la autopsia.

»Mandaré enterrar el cadáver con los honores debidos á un general de superior graduación. He confiado este pliego al capitán Crokat, del regimiento n.º 20, que estaba de guardia en Longwood al morir Napoleón Bonaparte. Embarca en la balandra de guerra *Herón*, destacada de la escuadra por el almirante para llevar la noticia.

HUDSON LOWE.»

Aparente estado interior del cadáver de Napoleón Bonaparte según la autopsia.

Exteriormente parecía el cuerpo sumamente obeso, y así lo confirmó la primera incisión, por la que pudo verse el abdomen cubierto de grasa en una capa de cuarenta milímetros. Al seccionar los cartílagos de las costillas para descubrir la cavidad torácica, se notó una ligera adhesión de la pleura, cuya cavidad izquierda contenía como tres onzas de un líquido rojizo y cerca de ocho en la derecha. El pericardio estaba sano y contenía aproximadamente una onza de lí-

quido. El corazón era de tamaño normal, pero muy cubierto de grasa. Las aurículas y ventrículos no ofrecían nada de particular, á excepción de que las porciones musculares parecían más pálidas que en estado natural.

Al abrir el abdomen se vió que el peritoneo contenía mucha grasa y que el estómago era el foco de la estragadora enfermedad. Toda la superficie superior, y más aún cerca del piloro y en la superficie cóncava del lóbulo izquierdo del hígado, estaba fuertemente adherida, y al separarla se notó, á poca distancia del piloro, una úlcera que penetraba en las paredes del estómago, con desgarró bastante para meter el dedo meñique. La superficie interna del estómago presentaba en casi toda su extensión, una serie de manchas ó porciones escirrosas próximas á cancerarse, sobre todo en las inmediaciones del piloro. Tan sólo parecía en estado sano la extremidad cardíaca en una corta extensión hacia el esófago. El estómago estaba casi lleno de un líquido semejante á heces de café. La superficie convexa del lóbulo izquierdo del hígado, estaba adherida al diafragma; pero, aparte de estas adherencias causadas por la enfermedad del estómago, no ofrecía el hígado ninguna alteración morbosa. Las demás visceras abdominales estaban perfectamente sanas. Pudo advertirse una leve irregularidad en la forma del riñón izquierdo.

(Siguen las firmas.)

Archivo de Negocios Extranjeros, tomo 1.805, folio 151 y siguiente.

DOCUMENTO N.º 11.

Relación de las cajas que Marchand ha de enviar á mi hijo.

Tres cajas de caoba, núms. 1, 2, 3.

La caja n.º 1 mide 15 pulgadas de largo, es de doble fondo y contiene:

El primer fondo 19 tabaqueras.	19
El segundo — 14 —	14
Total.	33